

COMENTARIO AL COLOQUIO DE JORGE LORCA: ESTRATEGIAS CÍNICAS COMO RECURSO ESTÉTICO.

Sergio Rojas

Respecto al cinismo antiguo, Jorge señala lo siguiente: “el cinismo es una estrategia extrema para afrontar un malestar cultural”. Al caracterizarlo, especialmente relevante parece ser la siguiente característica: “La felicidad consiste en vivir en concordancia con la naturaleza, la cual es ante todo mostrable, por lo tanto está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a entregarse a una ejercitación física y mental adecuada”. Como se sabe, un antecedente fundamental para la comprensión del cinismo antiguo lo constituyen las anécdotas de Diógenes, el cínico. Pues bien, Pablo Oyarzún ha señalado que “la anécdota persiste ante todo como recuerdo dicho”, es decir, comunica un hecho que no requiere haber ocurrido para ser un hecho, porque es ante todo un hecho de lenguaje: *el hecho es lo dicho*. El sentido de la anécdota misma, de ese pequeño relato, consiste en poner el concepto en circunstancia, exponer el logos en la intemperie, abrir el concepto a la materialidad que lo sustenta y que ha sido reprimida u olvidada. Lo de Diógenes no es en sentido estricto una ética individualista, como sí la reconocemos en algunas formas de la sofística. La eficacia de Diógenes está en sus anécdotas, es decir, no en lo que “hizo”, sino en lo que *se dice que hizo*.

El individualismo contemporáneo es el producto residual de una comunidad que nunca ha existido: la comunidad de individuos; una poderosa idea presente desde los inicios de la modernidad europea, pero se trata de una idea que sólo existe a partir de su falta. El lugar de esa falta es precisamente la existencia *desvinculada* del individuo. Como señala el sociólogo Claude Lefort: “Cuando está definido como independiente, el individuo no adquiere una nueva certeza que reemplace la antigua, está condenado a ser atormentado por una secreta incertidumbre... La emergencia del individuo no significa que él esté destinado a controlar su destino; está desposeído de su seguridad así como de su identidad –una seguridad que parecía antes derivar de su posición, de su condición social y de la posibilidad legítima

de vincularse”. Pues bien, el “individualismo” es un tipo de pensamiento que hace de la resignación su principio de realidad, como si el entregarse sin resistencia a la fatalidad de las cosas hiciera posible mitigar el dolor psíquico y moral de la soledad. En este sentido, lo que se denomina “individualismo” se relaciona esencialmente con el cinismo en su forma moderna.

Jorge señala con precisión: “En la actualidad, el desmoronamiento de la creencia en la Ilustración como un proceso histórico de armonía universal y de mesianismo político, ha detonado en la amenaza de una falta de sentido general que se traduce en la vanidad de todo *hacer*”. Una producción literaria en que el individualismo ha sido llevado al extremo del cinismo es la del escritor francés Michel Houellebecq. Sus personajes experimentan el dolor de sobrellevar una existencia sin proyectos —por cierto muy lejos de la angustia existencialista de tipo sartreano. En Houellebecq, el individuo se afirma en la precariedad de su ser haciendo consciente y de manera descarnada su absoluta desvinculación con los demás seres humanos.

El cinismo tiene, aparentemente, una estrecha relación con la verdad: el cínico “dice la verdad” —suele pensarse—, sin retórica, sin tapujos. Sin embargo, se asocia también la figura del cínico a la mentira y a la falsedad. El cínico dice la verdad, pero se trata de una verdad que genera desconfianza a partir precisamente del hecho de que haya sido *capaz* de decirla. A diferencia del cínico antiguo, de quien se dice lo que ha sido *capaz de hacer*, el cínico moderno es *capaz de decir* y en ello provocar; pero que haya estado *dispuesto a decir* una verdad por todos callada es sospechoso, porque se trata, en cada caso, de una verdad que, por tremenda, no se puede *decir* simplemente. El cínico dirá que esa incomodidad se debe a que los demás no toleran que la verdad sea *dicha*, porque en eso se rompen ciertos protocolos de superficial convivencia y también se ponen de manifiesto algunas complicidades. ¿Es eso lo que (nos) ocurre?

El cínico dice aquello que supuestamente “todos ya sabían” pero que no habían querido “asumir”, porque una aparente sociabilidad se habría establecido sobre un silenciamiento cómplice respecto a determinado *fondo* de la realidad. En este sentido, el decir cínico vendría a poner en cuestión a la “comunidad cómplice”, la que consistiría en una especie de sociabilidad construida en la hipocresía. De aquí en parte la incomodidad que provoca la irreverencia del decir cínico: porque pretende poner de manifiesto una insobornable *incomunicabilidad* (in-comunión) constitutiva del *ser ahí* de lo social. Sin embargo, la ilusión de la comunidad se rompe y no se rompe a la vez. ¿Por qué? Porque el decir cínico dice que no existe fundamento para la cotidianidad en la que viven cotidianamente los hombres, pero no toca propiamente esa “falta de fundamento”. Dice lo “ya sabido”, pero no reflexiona el hecho de que ese “saber” no afecta al ser ahí de lo social: “yo estaba convencido —escribe Houellebecq— de que [mi padre] había logrado vivir toda su vida sin hacerse una sola pregunta sobre la condición humana”.

El cínico no procede simplemente revelando una verdad oculta, ignorada o incomprendida, sino que pretende exponer al destinatario ante su propia “mala

conciencia”. Pone en cuestión formas tácitas de sociabilidad sobre las cuales se han establecido compromisos, cooperaciones, adhesiones, protocolos, etc. Considerado de esta manera, el cinismo parece tener una estrecha relación con el ejercicio crítico. Por ejemplo, uno de los personajes de Houellebecq sostiene la tesis de que: “De todos los sistemas económicos y sociales el capitalismo es, sin duda, el más natural. Eso ya basta para indicar que es lo peor”. Sin embargo, en lo concreto el cinismo opera más bien como una neutralización del pensamiento crítico y acaso también de lo que cabe considerarse como *pensamiento* en general. Al contrario de la operación crítica, el cinismo no actúa politizando lo social naturalizado, sino más bien *naturalizando la política*. En este sentido, el cinismo *no piensa*, porque se adelanta en hacer suyos los límites que la prepotencia de la facticidad impone al pensamiento. Como señala Jorge: “el cinismo sigue apareciendo como una estrategia de autodefensa ante la decepción y la pretensión de una autoafirmación ante el descampado de la existencia. Un distanciamiento individualista que no pretende necesitar a nadie ni ser querido por nadie; un caso límite del melancólico amargado que ha decantado en fenómeno de masas”.

El concepto de “segunda modernidad” de Ulrich Beck afirma que en la sociedad del riesgo global transitamos desde un tipo de sociedad ordenada de acuerdo al imperativo de la seguridad, hacia otro tipo de sociedad en donde se impone el paradigma de la incertidumbre. Podemos preguntarnos: ¿de qué modo puede la subjetividad hacer ese tránsito? La cuestión no es tanto si acaso es posible todavía satisfacer esa necesidad de seguridad y protección, sino esta otra: ¿contra qué se trata de proteger al individuo en la actualidad? Acaso el cinismo corresponda hoy a una nueva forma de subjetivación, la subjetivación en la época del agotamiento de la experiencia, el ejercicio de un *realismo* destinado a autoinhibir las propias expectativas. “Psicológicamente —señala Sloterdijk— se puede comprender al cínico de la actualidad como un caso límite del melancólico, un melancólico que mantiene bajo control sus síntomas depresivos y, hasta cierto punto, sigue siendo laboralmente capaz”. El cinismo opera entonces como subjetivación de la propia lucidez crítica devastadora. Jorge subraya este aspecto del cinismo moderno: “es un pensamiento que lleva a ultranza la desconfianza, incluso sobre sí y por ende, castra toda posibilidad de alterar radicalmente el estatuto de lo cotidiano”.

El cinismo se relaciona esencialmente con el *decir*, es ante todo un acto de performatividad referida al lenguaje y a su enunciación concreta. El decir cínico es *el momento de la imposible comunidad*, y ese momento es el de la radical *individualidad*. De aquí la pretensión de *desenmascaramiento* en el decir cínico, a la que es inherente la pretensión de *poder vivir sin la ilusión de la comunidad*. El decir cínico consiste en una especie de performance lingüística a la que cabría considerar como propia del *individualismo* que caracteriza a la existencia contemporánea. Porque una cosa es *estar solo*, y otra cosa es *escribirlo*. En su novela *Plataforma*, Houellebecq escribe: “Me había alejado demasiado de la gente, había vivido muy solo, ya no tenía la menor idea de cómo relacionarme con nadie”. En cierto sentido, el cínico moderno *dice*

que está sólo. Inevitablemente en ese momento la condición desdichada deviene un aspecto del carácter, adquiere un espesor ontológico y esa “incapacidad” se transforma en un lugar desde donde relacionarse con el mundo. Entonces los aeropuertos, los hoteles, los resort, se ofertan en los catálogos de vacaciones haciendo del mundo un gigantesco menú de entretenimientos.

En su exposición Jorge se pregunta: “¿Pero cómo es que ha llegado a acontecer esto?, ¿cómo es que ha podido la “verdad” perder toda posibilidad de taladrar el espesor del flujo habitual de los “acontecimientos”? ¿cuándo es que la esfera nihilizante se ha tomado el poder del discurso tornándolo inocuo?, ¿cómo es que este agotamiento de los dispositivos lingüísticos ha operado sobre los mecanismos de la crítica productora de intersticios?”. El principio de la autorregulación del mercado expresa la ficción de un orden político que ha suprimido la *representación de algún tipo de trascendencia* que opere como fundamento, porque el orden se genera a partir de la misma realidad que se trata de normalizar: el conflicto de las necesidades individuales. El resultado es cierto clima de aparente apoliticidad en el que hoy vivimos. El decir cínico calcula, y el cinismo en el arte no es ajeno a este cálculo, anunciando catástrofes siempre por venir.

Diciembre, 2013.